

Conclusion. 485

CAPITULO VIII.

Conclusion. 502
Aumento de la eloquencia didas-
calica. 503
De la forense. 506
De las disertaciones academicas. 509
Defectos de la eloquencia moder-
na. 511

483
484
485
486
487
488
489
490
491
492
493
494
495
496
497
498
499
500
501
502
503
504
505
506
507
508
509
510
511
512
513
514
515
516
517
518
519
520
521
522
523
524
525
526
527
528
529
530
531
532
533
534
535
536
537
538
539
540
541
542
543
544
545
546
547
548
549
550
551
552
553
554
555
556
557
558
559
560
561
562
563
564
565
566
567
568
569
570
571
572
573
574
575
576
577
578
579
580
581
582
583
584
585
586
587
588
589
590
591
592
593
594
595
596
597
598
599
600
601
602
603
604
605
606
607
608
609
610
611
612
613
614
615
616
617
618
619
620
621
622
623
624
625
626
627
628
629
630
631
632
633
634
635
636
637
638
639
640
641
642
643
644
645
646
647
648
649
650
651
652
653
654
655
656
657
658
659
660
661
662
663
664
665
666
667
668
669
670
671
672
673
674
675
676
677
678
679
680
681
682
683
684
685
686
687
688
689
690
691
692
693
694
695
696
697
698
699
700
701
702
703
704
705
706
707
708
709
710
711
712
713
714
715
716
717
718
719
720
721
722
723
724
725
726
727
728
729
730
731
732
733
734
735
736
737
738
739
740
741
742
743
744
745
746
747
748
749
750
751
752
753
754
755
756
757
758
759
760
761
762
763
764
765
766
767
768
769
770
771
772
773
774
775
776
777
778
779
780
781
782
783
784
785
786
787
788
789
790
791
792
793
794
795
796
797
798
799
800
801
802
803
804
805
806
807
808
809
810
811
812
813
814
815
816
817
818
819
820
821
822
823
824
825
826
827
828
829
830
831
832
833
834
835
836
837
838
839
840
841
842
843
844
845
846
847
848
849
850
851
852
853
854
855
856
857
858
859
860
861
862
863
864
865
866
867
868
869
870
871
872
873
874
875
876
877
878
879
880
881
882
883
884
885
886
887
888
889
890
891
892
893
894
895
896
897
898
899
900
901
902
903
904
905
906
907
908
909
910
911
912
913
914
915
916
917
918
919
920
921
922
923
924
925
926
927
928
929
930
931
932
933
934
935
936
937
938
939
940
941
942
943
944
945
946
947
948
949
950
951
952
953
954
955
956
957
958
959
960
961
962
963
964
965
966
967
968
969
970
971
972
973
974
975
976
977
978
979
980
981
982
983
984
985
986
987
988
989
990
991
992
993
994
995
996
997
998
999
1000

LIBRO SEGUNDO.

ORIGEN,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA ELOQUENCIA.

CAPITULO I.

Eloquencia en general.

SI queremos encontrar verdadera elo-
quencia, que realmente merezca este
nombre, solo en la Grecia deberemos
buscarla, donde las benignas Musas es-
parcieron con larga y liberal mano to-
das las gracias de la lengua. Cresollio quie-
re en mi concepto chancearse (a), quan-
do, apoyado á los testimonios de Home-
ro y de Platon, atribuye al mismo Jú-
piter el origen del arte retorica, hacien-
do de Minos, discipulo del supremo

Origen de
la Eloquencia.

Tom. V. A nu-

(a) Theat. thet. lib. I, c. IV.

numen, un estudiante, de la gruta una escuela, y de Júpiter un sofista o maestro de aquel arte; y quando, con la autoridad de San Basilio y del Nazianzeno, asciende hasta la creacion del mundo, y la encuentra en la serpiente, que con su artificiosa eloqüencia seduxo á Eva, y causó tanto perjuicio á todo el género humano. El arte de la eloqüencia reconoce un principio harto mas reciente. Por mas que sea cierto como observa Ciceron (a), que los autores de la sociabilidad, los fundadores de las ciudades, y los establecedores de las leyes y de los gobiernos civiles debiesen recurrir á las armas de la eloqüencia para salir con felicidad en sus empresas; por mas que en los gobiernos civilizados hayan sido frecuentes las ocasiones de hablar al pueblo y al Monarca, de decir en los consejos públicos el propio dictamen, de desempeñar embaxadas, y de haber de varios modos uso de la eloqüencia; por mas que en los libros sagrados y en los

-III

A

N

pro-

(a) De Orat. lib. I, VIII.

profanos se vean algunos antiguos personajes recomendados como beneméritos en el arte de hablar, y en las Sagradas Escrituras se encuentren algunos rasgos excelentes, dignos de que los tomen por modelo los mismos escritores gentiles; todo esto no basta para referir á tan antiguos principios el origen de la eloqüencia. Para poseer el arte de la eloqüencia no basta qualquier principio de la facultad de hablar, se requiere una atenta reflexion sobre los efectos de nuestros razonamientos, y de los de los otros, y es precisa una seria y repetida observacion. *Initium dicendi*, dice Quintiliano (a), *dedit natura, initium artis observatio*. Y este arte en vano se buscaria en las antiguas naciones, en la formacion de los pueblos, ni en los siglos barbaros é incultos, quando solo se vé en la Grecia, y aun en ella no se puede ascender á una muy remota antigüedad. Ciceron no la reconoce hasta en tiempos harto posteriores, y antes de Pericles no

-III

A 2

en-

(a) Lib. III, c. II.

encuentra escrito alguno, que esté adornado con el arte de la eloqüencia, ó pueda parecer de un hombre eloqüente, y de un verdadero orador. Nosotros ascendémos á una antigüedad algo mas remota, y tomaremos desde mas lejos el origen de este arte. Ardion, en muchas disertaciones, que se hallan en las actas de la Academia de las inscripciones y buenas letras, examina eruditamente el origen y los progresos de la eloqüencia entre los Griegos, y la hace ascender á tiempos antiquísimos, queriendo que antes de la guerra de Troya fuese no solo conocida, sino reducida á gran perfeccion. Pero como el mismo Ardion manifiesta (a) que aquella eloqüencia era toda poética, y que el arte de hablar que los antiguos estudiaban, probablemente se reducía al arte de versificar, nosotros, que ahora restringimos el nombre de eloqüencia á la prosa, no podemos dar á este arte tanta antigüedad. Al sexto siglo antes de la era christiana, y despues de la

(a) Diss. III.

olimpiada L se puede referir el principio de esta eloqüencia; y en efecto Estrabon, que parece haber precedido á Ardion en el exámen de esta materia, dice (a), que al principio salió á luz el aparato poético, pero que despues Cadmo, Ferecides y Ecateo se dedicaron á escribir, dexando el metro, y conservando las otras partes poéticas. Plinio, dando del mismo modo (b) un antiquísimo origen á los poëmas, atribuye particularmente á Ferecides la gloria de haber tentado escribir en prosa, ó de haber establecido, como él dice, la oracion prosayca, asi como dá á Cadmo el mérito de la invencion de escribir la historia en el mismo estílo: *Prosam orationem condere Pherecydes Syrius instituit, Cyri Regis aetate; historian Cadmus milesius.* De Ferecides habla largamente Heino en la Academia de Berlin (c), y fixa su nacimiento en la Olimpiada XLV, que es decir 580 años antes de la era christiana. Este Ferecides habiendo corrido las

Primeros
escritores de
prosa.

(a) Lib. I. (b) Lib. VIII, cap. LVI. (c) Tom. III.

tierras de los Tirios y de los Fenicios, y visto sus libros, que sin sujetarse á metro, ni á medida de sílabas, con libre y suelto estilo trataban materias históricas y filosóficas, intentó seguir este camino, y rompiendo las trabas poéticas, con que hasta entonces habian andado los Griegos sus antecesores, se dedicó á exponer en estilo prosayco algunos argumentos filosóficos que quiso ilustrar, é introduxo en los escritos griegos la prosa que no conocian sus nacionales. Por aquellos tiempos Cadmo de Mileto, tal vez por la vecindad y exemplo de los Asiáticos, pensó en usar de la misma libertad para escribir la historia, y fué el primero de quien tenemos noticia que compusiese historias griegas, ó á lo menos el primero que las escribiese sin las trabas del metro. Al mismo tiempo Solon, inflamado por el celo del bien de la patria, en verso y en prosa hizo en Atenas uso de la eloqüencia para excitar al pueblo á que siguiese sus utilísimas ideas, y á que abrazase la propia felicidad; y fué de este modo el primero, en concepto de Ci-

Ciceron (a), que obtuvo el honor de la eloqüencia oratoria. Entonces finalmente se ampliaron los límites de la eloqüencia, y separada ésta de la poesía, formándose un artificioso y agradable lenguage sin el auxilio del metro, se vió en tiempo de Ciro, hácia la olimpiada L, nacer del filósofo Ferecides, del orador Solon y del historiador Cadmo la verdadera arte de la eloqüencia. Los historiadores Eugeon, Deico, Eudemo, Democleo, Ecarteo, Acusilao y varios otros siguiendo el exemplo de Cadmo abandonaron el metro, y se valieron de una mas suelta y libre oracion. Despues de Solon se dedicó Pisistrato á arengar al pueblo ateniense, y segun el testimonio de Ciceron manifestó en este género mayor estudio y mayor fuerza. Clístenes, Temistocles, Cleon y quantos querian manejar los negocios de la república se valieron de las mismas armas para sujetar al pueblo á sus opiniones: y viniendo despues Pericles, anima-

do

(a) *De cl. or. X.*

do de una natural facundia, é instruido por Anaxágoras, y por los mejores profesores de filosofia y de todas las buenas artes, hizo oír por primera vez un orador casi perfecto, y estableció en Atenas el solio de la eloqüencia oratoria. Al mismo tiempo los filósofos, que habian sido mas tenaces en conservar el metro en sus escritos, lo abandonaron finalmente: los pitagóricos, segun el testimonio de Dionisio Halicarnaseo (a), adoptaron una oracion pomposa y magnífica que se acercaba á la poesia; y hasta el mismo Democrito y otros filósofos abrazaron la prosa, añadiendo siempre mayores adornos y riquezas á la eloqüencia. Cenon de Elea, contemporaneo de Pericles y amante de la disputa y de la contienda filosófica, pensó en tratar las questões por via de dialogos, introduciendo esta nueva especie de eloqüencia, que abrazada despues por Sócrates fue muy cultivada por los mas esclarecidos filósofos. De este modo
la

(a) *De vet. script. cens.*

la eloqüencia en las manos de los atentos y estudiosos Griegos se extendia continuamente en nuevos ramos, y de dia en dia iba recibiendo mayores aumentos. Al principio se aprendia solo con la meditacion y con el exercicio de decir, y no se contenia en ciertos y permanentes preceptos, ni se habia reducido á arte. Aristoteles, y despues de él Ciceron (a) y Quintiliano (b), hacen nacer el arte retorica en la Sicilia, quando arrojados los tiranos, queriendo los particulares pedir en juicio sus propiedades, se vieron precisados á recurrir á la eloqüencia; y dicen, que los primeros que escribieron preceptos de este arte fueron Coraces y Tisias. Estos dos sicilianos serán tal vez los primeros escritores de arte oratoria; pero antes de ellos habia ya en la Grecia no pocos que se empleaban en enseñarla.

La Grecia estaba llena de rapsodistas y de sofistas, que dedicando todo su estudio á la elocucion, eran considerados como

Tom. V. B mo

(a) *De cl. or. X.* (b) *Lib. II, tom. I.*

mo maestros de la eloquencia. Ardion (a) cree que los rapsodistas y los sofistas fuesen una cosa misma, ó á lo menos muy semejantes entre sí; y que unos y otros se empleasen en exponer é ilustrar algunos pasages de los poëtas. Que fuese este el estudio y la ocupacion de los rapsodistas lo manifiesta con bastante claridad Platon en su *Yon*. Un rapsodista debia penetrar íntimamente los pensamientos de los poëtas, y, recitando, cantando, comentando y explicando de varios modos los versos, que el pueblo ó algun particular le pedía, hacer que los oyentes comprendiesen la mente y la doctrina del poëta, cuyos versos cantaba. Sócrates en Platon alaba ironicamente este arte, porque obligaba a los profesores á adornar su cuerpo y comparecer lindos, á estudiar con el mayor cuidado los poëtas y singularmente á Homero, y á aprender no solo los versos y las palabras, sino tambien los pensamientos y las opiniones; y co-

(a) Diss. V. l. 1. c. 1. (b) X. no. 1. c. 1.

mo para esto debian los rapsodistas tener llena la mente y la lengua de conceptos, de imagenes, de expresiones y de palabras de los poëtas, y explicar á los otros su fuerza y energía, de aqui es que podían dar lecciones de eloquencia, y quien deseaba aprender el arte de bien hablar, procuraba instruirse en las reflexiones, y en los preceptos de aquellos maestros, que se habian formado con el exemplo de los celebrados poëtas. Quienes fuesen los mas famosos rapsodistas parece indicarlo bastante Yon, quando alaba distintamente á Metrodoro Lampsaceno, á Stesimbrotos Thasio y á Glauco. En efecto no eran estos rapsodistas vulgares, ni comunes charlatanes, que solo entretenian al pueblo con agradables canciones y con vanas palabras; sino que eran personas eruditas, que podian dar luces a los filósofos, y dexar escritos capaces de prestar auxilio a la docta posteridad. De Metrodoro Lampsaceno nos dice Diogenes Laercio (a), apoyado al testimonio

(a) In Anaxagora.

de Favorino, que fue amigo y familiar de Anaxágoras, que estudió los poëmas de Homero singularmente por lo que mira á las cosas físicas y al conocimiento de la naturaleza, y que contribuyó mucho á que Anaxágoras creyese que dichos poëmas tenían por objeto la virtud y la justicia. Stesimbrotó y Glaucó emplearian igualmente sus estudios en la perfecta inteligencia de Homero, toda vez que se hallan citados por Yon como los mas célebres en esta parte. Pero Stesimbrotó á mas de esto parece haberse ocupado en ilustrar la historia, puesto que se vé citado varias veces por Plutarco y por Ate-neo en comprobacion de algunos hechos de Pericles y de Temistocles. De Glaucó nos da tambien noticia Aristoteles (a), quando entre los que trataron del modo de recitar poëtico, nombra con particularidad á Glaucó, como que se distinguió singularmente en este asunto. Todo lo qual hace ver con bastante claridad que

(a) Libr. III, c. I.

los rapsodistas, cantando y explicando los pasages de los poëtas, extendian su erudicion á otras materias, y que formando de las obras poëticas la base de sus estudios, se les presentaba campo para hacerse maestros de eloqüencia y de qualquier otra facultad. Mas noble habia sido en la Grecia el origen de los sofistas, que pocos años despues llegaron á sér viles y despreciables. Estos al principio, como refiere Plutarco (a), formaban de por sí una clase distinta de los oradores y de los filósofos, profesando la sabiduria, ó la ciencia política y del gobierno. Los Atenienses tenían en tanto aprecio y veneracion á los sofistas, que como nos dice Isócrates (b), llamaban felices á los que lograban la suerte de ser admitidos á sus conferencias. Solon, dice el mismo Isócrates, fue el primer ciudadano de Atenas que tuvo el nombre de sofista, y Solon fue elevado por los Atenienses á gobernador y cabeza de la Ciudad. A Solon

(a) In Themist. (b) De permat.

lon refiere igualmente Plutarco (a) el origen de los sofistas; pero añade que estos mezclaron despues la sabiduria con el arte del litigio, y sin tomar parte en los negocios políticos restringieron sus meditaciones á las contiendas judiciales. La principal ocupacion y el objeto primario de los sofistas era enseñar la eloquencia, como repetidas veces lo dice Platon en los *Dialogos*; y esta ocupacion acarrea grandes honores y riquezas á los sofistas, y los constituia en la mayor opulencia. ¿Quántas riquezas no adquirió en esta profesion el célebre Gorgias Leontino? Protágoras quiso asegurarse un estipendio superior á sus fatigas, y fue el primero que exigió paga por sus lecciones, pidiendo no menos de cien minas; y de este modo, ademas de la considerable ganancia de ricas sumas, lograba la ventaja de hacer mas respetable su doctrina. Isócrates en la oracion contra los sofistas ridiculiza la insolencia de aquellos hombres, que, ha-

(a) *In Themist.*

haciendo oraciones peores que las que de repente dicen muchos ignorantes, se jactaban de formar á sus discipulos oradores perfectos. La vanidad y petulancia de los sofistas, y su excesiva multitud los hicieron tan despreciables y odiosos, que muchos buscaban otros nombres con que ocultar su profesion; y querian parecer músicos, poetas, gimnasticos y qualquier otra cosa antes que sofistas. En efecto asi lo insinua Platon (a), y asi lo dice expresamente Plutarco (b) de Damón, maestro y amigo de Pericles, el qual siendo realmente sofista procuraba evitar bajo el nombre de músico la vergüenza de tal profesion. Gente extraña deben parecernos los sofistas viendolos ya honrados del pueblo, y respetados de algunos doctos, ya despreciados y ridiculizados de otros, y siempre oidos y buscados de todos. Quien lea en las historias antiguas, que el sofista Gorgias por su singular facundia fue nombrado embajador por los

Leon-

(a) *In Protagora.* (b) *In Pericle.*

Leontinos; que habiendo llegado á Grecia se llevó tras sí todos los pueblos que le habian oido una sola vez; que Pericles y los Griegos mas famosos procuraron con la mayor ansia su instruccion; que toda la Grecia le dispensó honores casi divinos, quales no obruvieron jamas los mas célebres oradores, ni los mas ilustres capitanes; quien vea en Laercio y en otros antiguos alabado, honrado y enriquecido por los Griegos á Protágoras; quien observe que Prodico, Trasimaco, Polo y algunos otros famosos sofistas por la fama de su eloqüencia se llevaron tras sí á los mas estudiosos y sensatos Griegos, no podrá persuadirse, que estos sean realmente aquel Gorgias, aquel Protágoras y aquellos sofistas mismos tan mofados y ridiculizados por Platon, por Isócrates y por otros, y tan despreciados de la posteridad en cotejo de los verdaderos oradores. Yo no quiero entrar en odiosas comparaciones; pero creo que si examináramos con alguna atencion nuestra edad, si observáramos los honores pasajeros de que han

go-

gozado algunos escritores, poetas y oradores, si reflexionáramos sobre el genio del pueblo, comprehendiendo tambien en este los grandes señores y no pocos literatos, no nos causaria gran maravilla esta aparente contradiccion.

Los honores y emolumentos concedidos con larga mano á los sofistas, y el concurso y la celebridad de sus escuelas ^{Progreso y decadencia de la eloqüencia griega.} y de las lecciones de retorica, servian á muchos de no poco estimulo para abrazar el estudio de la eloqüencia, y los excitaba vivamente á cultivar mas y mas aquella facultad. En efecto entonces florecieron los famosos oradores de la Grecia; entonces los historiadores adornaron sus narraciones con todas las gracias de una limada oracion; entonces los filósofos mas célebres hicieron agradable la seriedad de su doctrina con las suaves gracias del estilo; entonces los medicos, los arquitectos, los pintores, los musicos y todos los otros profesores supieron escribir de su arte con precision, claridad, elegancia y fuerza, y manifestarse verdaderamente eloqüentes;

Tom. V.

C

en-

entonces salieron á luz muchos escritos de arte retórica; entonces en suma se vió reynar en todas sus provincias la eloqüencia griega. La afectada concinidad de los periodos, y los delicados adornos de las estudiadas oraciones de Gorgias y de los sofistas, habian quitado la aspereza é incultura de la prosa de los primeros escritores; los posteriores oradores, filósofos é historiadores, que pudieron aprovecharse del exemplo y de la doctrina de aquellos estimados maestros, tomaron de ellos el estudio de la selecta colocacion de las palabras, y de la armonía y sonoridad de los periodos; pero hicieron mejor uso, y teniendo verdaderas y solidas materias en que emplear su ingenio, no se cuidaron de imitar la afectada delicadez, y las falsas bellezas de los vanos discursos de los sofistas, y abandonando el afeminado y nimio atavío de sus oraciones, formaron un estilo gallardo y varonil, magistoso y adornado, sencillo y noble, natural y sublime. Y por consiguiente de los sofistas, tan despreciados por los pos-

teriores oradores y filósofos, de Protágoras, de Gorgias, de Prodicó y de otros maestros semejantes, ridiculizados por Platon, se puede de algun modo tomar el origen de aquella eloqüencia, que tanto honor acarreó á los oradores y á los filósofos, al mismo Platon y á toda la Grecia. La eloqüencia griega no tuvo tan permanente consistencia, ni pudo contar tan varios y diferentes periodos como la griega poesía. Nació, podemos decirlo así, quando habian pasado ya las tres edades mas gloriosas de la poesía, esparció desde luego su mas lucido esplendor, y comenzó despues á disminuirse antes que despuntase la *pleyade* griega, y antes de los bucolicos griegos, y de la última gloriosa y honrosa época de la poesía griega. Pero en aquel corto transcurso de tiempo, desde la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Alexandro, en que floreció la eloqüencia griega, llegó á tanta perfeccion, que tal vez puede llamarse mas acabada y perfecta en su genero que la misma poesía. Baxemos pues la cabe-